vertidas que quiere enderezar; pero al mismo tiempo debe hacer aceptar el remedio, cuyo primer efecto será dar al hombre el conocimiento de su mal y obligarle á bendecir y adorar la sabiduría *so b-ehumana* y el amor infinito que ha sabido tan perfectamente contrariarlo para curarlo.

Tales han sido los efectos del misterio de la cruz sobre el mundo.

A un tiempo dió al hombre el conocimiento de sí mismo y el conocimiento de Dios, dos conocimientos que se ligan íntimamente, como lo habia vislumbrado el poeta latino. Ha realizado esta sencilla y bella súplica de S. Agustin: *Noverim te! noverim me!* "¡que yo te conozca! que yo me conozca!" Ha resuelto el *nosce te ipsum*, este gran enigma, cuya solucion buscaban los antiguos dentro de nosotros mismos, donde no podian encontrarla, pues que su ignorancia procedia del esterior. En fin, ha iluminado la tierra por el cielo, reuniéndolos en un cuadro maravilloso que los reproduce á ambos á la vez en su misma oposicion y armonía, y nos ofrece un espectáculo compendiado, y al mismo tiempo el mas completo.

Fijemos pues nuestra vista sobre el grande espectáculo de la cruz, donde la verdad misma ha reconcentrado todos sus rayos, y donde la vida divina, para darse á nosotros, se ha revestido de los colores, de las formas, y hasta de los movimientos de la vida humana.

En él descubrimos claramente lo que es el hombre y lo que es Dios.

I. Lo que es el hombre.—¡Qué espejo mas fiel del horrible estado en que habia caido la humanidad, que esa figura ensangrentada y despedazada sobre una cruz en expiacion de nuestros crímenes! ¡Figura que era la de todo un Dios, y que sin embargo no era mas que la de un hombre! ¡Qué sublime espresion de la deformidad moral del pecado y de la desgracia que le está señalada en nuestros destinos inmortales! ¡Qué medida mas ecsacta del abismo donde hemos caido, y del que hemos sido sacados, que este espectáculo de la belleza por esencia, de la felicidad suprema, del poder infinito de un Dios reducido, humillado á este estado de deformidad, de sufrimiento y de abyeccion! Por el remedio debemos calcular la gravedad del mal; por el castigo debemos medir la falta, y la profundidad del abismo por la distancia corrida para venir á sacarnos de él. Si á tal ha venido á parar todo un Dios para sustituirse al hombre, ¿qué seria el hombre respecto de Dios?

Pero si este espectáculo abate al hombre y lo coloca en su verdadero lugar actual, tambien lo rehabilita y le revela una nueva grandeza, haciéndole conocer lo que es en los designios de Dios.

¿Qué es pues el hombre, para que Dios se acuerde de él hasta este punto? ¿para que haya venido á visitarle en su destierro, y le dé semejante testimonio de su ternura? ¿Cuál es pues el valor de esa posesion del infierno para haber sido el objeto de semejante rescate? ¿cuál su precio, y qué le está reservado en adelante? ¿Qué no supone en efecto el sacrificio de la cruz sobre el valor y la vocacion del hombre conquistado por un Dios, y por este Dios salvador, conquistador y señor del cielo? Si la naturaleza divina estuvo unida á la humana en la ignominia de la cruz, no dejó de estar tambien unida á ella en la gloria de la resurreccion. La ecsaltacion de la humanidad corresponde al abatimiento de la divinidad en Jesucristo. La cadena que liga la tierra con el cielo es ahora mas que nunca visible; el dogma de nuestra inmortalidad y de nuestra resurreccion tiene por ella toda a autoridad de un hecho cumplido, manifiestamente consumado en uno de nosotros, en nuestra cabeza, el que fué hecho, como dijo enérgicamante S. Pablo, *las primicias de los que duermen* (1). ¡Qué garantía, qué fundamento de esperanza no tenemos en el que realizó en sí mismo lo que nos prometió á nosotros, y con qué confianza debemos aspirar á la inmortalidad por las sombras de la muerte, cuando nuestro representante nos ha precedido ya victoriosamente en este tránsito, y que no habrá olvidado en su gloria lo que él mismo sintió, pues que se hizo por nosotros el hombre de dolores!

Ved ahí pues al hombre esplicado; ved ahí desatado ese nudo profundo de las contradicciones de su naturaleza. La filosofía de la cruz ha venido á fallar entre la filosofía de Zenon y la de Epicuro, y á absorberlas á ambas en su fondo. ¡Oh hombre, tú te estimas mucho, y aun no te estimas bastante! No, tú no eres un Dios, para poder glorificarte á tí mismo y constituirte tu propio centro. Lejos de esto eres el mas despreciable, el mas vil, el mas miserable de todos los séres: escoria del mundo, nada ecsiste que no te confunda y que no acuse tu ignorancia y tu debilidad; no puedes hacer mas que sufrir y morir; esclavo vendido al dolor por el pecado, le perteneces, y este dolor tambien es infecundo. Pero te engañas miserablemente, cuando con Epicuro quieres asemejarte á un vil puerco, y te entregas a los sentidos y á la materia, dejando caer en el cieno el cetro de la inteligencia y de la virtud. ¡Levántate! eres rey de la tierra y aspirante á la gloria de los cielos.

La propiedad de la filosofía de la cruz es haber deslindado y conciliado estos dos estados de fuerza y de debilidad, iluminando á la vez el fondo de nuestra miseria y la cumbre de nuestra grandeza, haciéndonos conocer que si bien por nuestra propia naturaleza no somos capaces mas que del mal, y dignos solo de reprobacion (2), por los aucsilios divinos hemos sido rehabilitados en Jesucristo y hechos participantes del mismo Dios (3). La humanidad se encuentra, de este modo, colocada como entre dos polos, el uno de su naturaleza caida, que la reduce á la nada; el otro, de la gracia celestial, que la eleva hasta Dios; de tal suerte que no tenemos jamás ocasion de poseernos de orgullo, antes al contrario, de ser humildes y temerosos

(1) I Ad Corinth., cap. 15, v. 20.
(2) *Natura filii irae.—I. Eph.* 2, 3.
(3) *Ergo jam non estis hospites et advenae, sed estis cives sanctorum et domestici Dei. Convivificavit nos in Christo et con ressuscitavit et consedere fecit in coelestibus in Christo Jesu.*

aun hasta en el mas alto grado de la perfeccion, así como no debe nunca abatirnos la vista de nuestras miserias, sino ser confiados y valerosos para salir de ellas, cualquiera que sea su intensidad. Este es el cristiano; este el hombre que hemos esplicado.

Dejemos hablar aquí á Pascal, y citar aquel bello pasaje, en que, despues de hacer una descripcion de la impotencia y contradicciones de la filosofía antigua en sus dos principales sectas, los epicúreos y los estoicos, prosigue en estos términos:

"Es sin embargo indispensable que se estrellen "y se reduzcan á la nada para dar lugar á la ver-"dad de la revelacion. Esta es la que concilia las "contrariedades mas formales por un arte entera-"mente divino. Uniendo todo lo que hay de ver-"dadero, y separando todo lo falso, enseña con "una sabiduría verdaderamente divina el punto en "que se unen los principios opuestos, que parecian "incompatibles con las doctrinas puramente huma-"nas. Hé aquí la razon: los sabios del mundo co "locaron las contrariedades en un mismo objeto; "unos atribuian la fuerza á la naturaleza, otros le "atribuian la debilidad: contradiccion imposible de "subsistir; en lugar de que la fé nos enseña á co-"locarlas en objetos diferentes: toda la fragilidad "pertenece á la naturaleza, todo el poder á los so-"corros de Dios. Esta es la union admirable y "nueva que solo un Dios podia enseñar, que solo "él podia realizar, y que no es otra cosa sino una "imajen y un efecto de la union inefable de las dos "naturalezas en la persona del Hombre-Dios. Así "es como la filosofía conduce insensiblemente á la "teología; y es dificil no encontrar en ella cualquie-"ra verdad que se busque, porque es el centro de "todas las verdades, lo cual aparece aquí perfecta-"mente, porque se ve que encierra en sí lo que "hay de verdadero en estas opiniones contrarias. "Así pues no se concibe cómo ninguno de ellos po-"dria rehusar el seguirla. Si están convencidos "de la grandeza del hombre, ¿qué pueden imaginar "que no ceda á las promesas del Evangelio, que "no son otra cosa que el digno precio de la muer-"te de un Dios? Si quieren atribuir toda la debi-"lidad á la naturaleza, su idea no llega á la de la ver-"dadera debilidad del pecado, cuyo remedio ha si-"do la muerte misma. Cada partido encuentra en "ella mas de lo que desea; y, lo que es mas admi-"rable, los que no podian concertarse en un grado "infinitamente inferior, encuentran en ella una "union indestructible (1)."

II. Así es como la doctrina de la cruz nos hace conocernos á nosotros mismos. Pero este resultado no es mas que secundario y reflejado, pues su principal y directo consiste en hacernos conocer á Dios. Aquí es donde nuestro estudio se dilata gloriosamente.

"Yo soy todo lo que ha sido, todo lo que es y "todo lo que será, y ningun mortal ha podido ja-"mas descorrer mi velo."

Tal es la inscripcion que el antiguo Egipto habia grabado en el frontispicio del primero de sus templos, indicando por ella la Divinidad.

Todos los esfuerzos de la filosofía que vinieron despues no pudieron *descorrer el velo*, y cuando el cristianismo apareció en la capital del mundo civilizado, leyó aún en el frontispicio del templo: AL DIOS DESCONOCIDO.

"Este es el Dios que vengo á anunciaros," esclamaba S. Pablo, y diciendo esto les predicaba á Jesus crucificado.

El cristianismo, en efecto, vino á levantar el velo que cubria los ojos del linaje humano, y á descubrir á la tierra el secreto de la eternidad. Hizo mas aún; como su resplandor nos hubiera deslumbrado, revistió á la Divinidad de formas sensibles, que la revelasen acomodándola á nuestra capacidad: "Él dió, como dice admirablente Erskines, en "la obra de la expiacion, una forma palpable á los "sublimes atributos de la Divinidad, y los puso de "manifiesto á nuestra vista en la sustancial realidad "de las acciones vivas, al mismo tiempo que en su "grandeza y en su adorable hermosura. Sin que "perdiesen nada de su dignidad, los puso al alcan-"ce de nuestras inteligencias, y los apropió á los "sentimientos de la naturaleza humana, haciéndo-"les escitar al mismo tiempo la admiracion y la ala-"banza de los ángeles de que está rodeado su divi-"no trono (1)."

La santidad, la justicia, el amor, el poder mismo de Dios, aun en su grado mas infinito, se dejan efectivamente mirar, tocar y medir de cualesquier suerte sobre la cruz, por el procedimiento mas sencillo y á la vez el mas fecundo.

1. La santidad.—¡Qué santidad! y quién hubiera podido figurársela jamas, pues que no permite al hombre acercársele sino despues de haberse lavado en la sangre de un Dios! ¿Hay Dios mas grande que aquel cuyo altar rechaza toda otra víctima, y que ecsije por holocausto, no los mas puros animales, ni las criaturas humanas mas perfectas, ni la naturaleza angélica mas sublime, sino la naturaleza divina misma, sino un Dios igual suyo?

"Por esto, dice S. Pablo, el Hijo de Dios al ve-"nir al mundo dijo á su Padre: vos no habeis que-"rido la hostia ni la oblacion, no habeis aceptado "los holocaustos y los sacrificios por el pecado, pe-"ro me habeis dado un cuerpo, y entonces yo he "dicho: AQUI ME TENEIS."—¡Por la pureza y magnificencia de semejante víctima medimos la santidad y grandeza de Dios! ¡Qué profunda impresion no causa ya en las conciencias esta primera nocion, y á qué distancia no vuelve á colocar el límite del deber, tan frecuentemente removido por las pasiones!

Aquí hace Malebranche una reflecsion verdaderamente sublime por su sencillez y su fuerza, y con la que se dan la mano la teología y la filosofía mas elevada.

(1) *Pensamientos*, primera parte, artículo II, párrafo 4.

(1) *Ensayo sobre la fé*, por Erskines, célebre abogado inglés. Seguramente que su talento no se elevó nunca tan alto como en sus escritos sobre la Religion Parte de ellos ha sido publicada por M. de Genoude. (*Razon del Cristianismo*, t. III, edic. en 4.°

"Para descubrir por medio de la razon, dice, en-
"tre todas las religiones la que Dios fundó, es ne-
"cesario consultar detenidamente la idea que tene-
"mos de Dios ó del Sér infinitamente perfecto."

Malebranche establece en seguida que Dios, la verdad misma, *no puede obrar sino segun lo que él es*, de tal manera que cuando obra manifiesta necesariamente al esterior el juicio eterno é inmutable que tiene de sus atributos, y que quiere tengamos nosotros tambien.

"Dios no manifiesta perfectamente el juicio que
"tiene formado de sí mismo, sino por la encarna-
"cion de su Hijo y el establecimiento de la religion
"que profesamos, en la cual solo puede encontrar
"el culto y la adoracion que sus diversas perfeccio-
"nes espresan, y que se confirman con el juicio que
"tiene formado de ellas. Cuando Dios sacó de la
"nada el caos, dijo: Yo soy el Todopoderoso.
"Cuando formó el universo, se complació en su sa-
"biduría. Cuando crió al hombre libre y capaz del
"bien y del mal, manifestó el juicio que tiene for-
"mado de su justicia y de su bondad. Pero cuan-
"do unió su Verbo á su obra, manifestó que es *in-*
"*finito* en todos sus atributos, que este gran uni-
"verso no es nada comparado con él, que todo es
"profano con respecto á su santidad, á su escelen-
"cia, á su soberana majestad. En una palabra, ha-
"bla en Dios, obra segun lo que él es, y segun to-
"do lo que es. Comparad, Aristo, nuestra religion
"con la de los judíos, de los mahometanos, y todas
"las demas que conoceis, y juzgad cuál es la que
"manifiesta mas claramente el juicio que Dios tie-
"ne formado de sus atributos, y el que debemos
"formar nosotros de la limitacion de la criatura y
"de la soberana majestad del Criador.

"El verdadero culto no consiste en el esterior,
"en tal ó cual situacion de nuestros cuerpos, sino
"en esta ó la otra situacion de nuestros espíritus
"en presencia de la majestad divina, es decir, en
"los juicios y movimientos del alma. Aquel pues
"que ofrece el hijo al Padre, que adora á Dios por
"Jesucristo, espresa por su accion un juicio pare-
"cido al que Dios tiene de sí mismo. Revela de
"todos los juicios el que espresa mas ecsactamente
"las perfecciones divinas, y sobre todo, esa esce-
"lencia y santidad infinita, que separa á la Divini-
"dad de todo lo demas, ó que la eleva infinitamen-
"te sobre todas las criaturas. La fé pues en Jesu-
"cristo es la verdadera religion, el acceso á Dios
"por Jesucristo el solo culto verdadero, el único
"medio de colocar nuestro espíritu en una situacion
"que adore á Dios y que pueda por consiguiente
"atraer sobre nosotros las miradas de complacen-
"cia y de cariño del autor de la felicidad que espe-
"ramos (1)."

Malebranche resume todo el rigor, toda la fuerza y todo el esplendor de su pensamiento en este último trozo: no tememos citarlo; tan interesantes páginas son siempre demasiado cortas:

"No hay punto de comparacion entre lo infinito
"y lo finito. Esto puede pasar por una idea co-
"mun. El universo, comparado con Dios, no es
"nada, y debe tenerse por nada, pero solo ecsisten
"en él los cristianos que creen en la divinidad de
"Jesucristo, y que cuentan verdaderamente por na-
"da su sér propio y este vasto universo que admi-
"ramos. Puede ser que los filósofos sean tambien
"de esta opinion; pero al menos no lo manifiestan.
"Por el contrario, desmienten con sus acciones es-
"te juicio especulativo. Ellos se atreven á acer-
"carse á Dios, como si no supiesen que la distan-
"cia de él á nosotros es infinita. Se figuran que
"Dios se complaceria en el culto profano que le tri-
"butan. Tienen la insolencia, ó si se quiere la pre-
"suncion de adorarle. Vale mas que enmudezcan.
"Su silencio respetuoso manifestará, mejor que sus
"palabras, el juicio especulativo de lo que son con
"relacion á Dios. Solo á los cristianos les es per-
"mitido abrir la boca y ensalzar dignamente al Se-
"ñor. Solo ellos tienen acceso á su soberana ma-
"jestad. Así es que se tienen verdaderamente por
"nada, y tienen en nada todo el resto del universo
"con respecto á Dios, cuando protestan que tan so-
"lo por Jesucristo pretenden estar en alguna mane-
"ra relacionados con él. Esta abnegacion, á que
"los reduce su fé, les da delante de Dios una rea-
"lidad verdadera. Este juicio, que pronuncian de
"acuerdo con el mismo Dios, da á todo su culto un
"precio infinito. Todo es profano con respecto á
"Dios, y debe ser consagrado por la divinidad del
"Hijo para ser digno de la santidad del Padre, y
"para merecer su amor y benevolencia. Hé aquí
"el fundamento inalterable de nuestra santa re-
"ligion (1)."

La santidad, la majestad infinita de Dios, no pueden manifestarse en ninguna parte mejor que en la oblacion de Jesucristo.

De este primer foco de luz se desprenden como rayos los otros atributos divinos.

2.° La justicia.—¡Qué golpe tan grande el de la cruz! ¡Cuán necesaria, inflecsible é inevitable es preciso que aquella sea, para no haber sido desarmada por tan grande inocencia y santidad! Si de esta manera se ejerce en la caucion, ¿qué no hubiera hecho con el autor mismo de la deuda? ¿A qué hubiéramos quedado reducidos sin este divino escudo, y qué será de nosotros si somos negligentes en cubrirnos con él? ¿Podia el sentimiento de la justicia y de su inviolable rigor imprimirse mas profundamente en el corazon humano que por este espectáculo de Dios, cargando sobre su propio Hijo, á pesar de su santidad y de su divinidad, y únicamente porque habia tomado el pecado del hombre, todo el peso de su cólera, y no desarmando su indignacion sino con la última gota de su sangre?—¿Qué es el remordimiento despues de semejante leccion? Ya lo hemos dicho; la conciencia y sus remordimientos se embotan, se adormecen, se debilitan en el crímen; pero este vivo espectáculo está fuera de nosotros, no depende de nosotros, una mirada basta para comprenderle, y nadie puede dejar de oir esta gran voz, que, mas alto que la del condenado de Virgilio, grita en la tierra:

Discite justitiam moniti, et non temnere Divum (1).

Lo que hay de mas admirable y verdaderamente divino en la doctrina de la cruz, es esa sencillez maravillosa que revela á la vez y por un mismo medio los atributos mas diferentes de la Divinidad, y que sin disminuir en lo mas mínimo su profundidad, se adapta sin embargo á las inteligencias mas vulgares. Así acabamos de ver brillar sobre la cruz la santidad y la justicia de Dios en el grado mas infinito, y despues de esto parece que las ideas de bondad, de misericordia y de amor no pueden tener allí cabida, y sin embargo, salen del mismo punto, é igualmente que los demas atributos, son superiores á todas las humanas concepciones.

¡Dios mismo, inmolando su propio Hijo en sustitucion del hombre, amando al hombre por esto mismo mas que un padre ama á su hijo, y un hijo el mas digno de ser amado: *Sic Deus dilexit mundum ut filium suum unigenitum daret!* ¡Qué amor!!—Y este mismo Hijo, que es uno con su Padre en este acto de amor, que le aventaja en cierta manera, *tunc dixit: ecce venio;* que rivaliza con él en abnegacion por los hombres: ¡qué idea tan tierna y tan sublime!

"No hay amor mas perfecto que el dar la vida
"por sus amigos," dice Jesucristo en el Evangelio, aludiendo á su sacrificio. En efecto, jamas el amor ha encontrado una espresion mas fuerte que la muerte: *Fortis ut mors dilectio.* Cualquiera otra prueba se desvanece al lado de esta. ¡Cuán sublime es ademas la espresion que esta toma, cuando la muerte recibida en favor del amigo va acompañada de los mas afrentosos suplicios, y cuando este amigo es un ingrato, y es no solamente el objeto, sino la causa y el instrumento de esta muerte! Este es el último límite del amor; el corazon y la imaginacion rebosan amor, y parece que ya no pueden contener nada mas grande... Pues bien, el amor que se nos manifestó sobre la cruz se estiende infinitamente mas y va mucho mas lejos.

Cuando un hombre da su vida por otro, no le da, hablando con propiedad, *su vida*, sino algunos dias, algunos instantes quizás de vida, pues que está condenado por la misma naturaleza á la muerte, que habrá merecido acaso cien veces á los ojos de la justicia suprema. Pero aquí el que muere no debia morir jamás. Era la vida misma y la fuente de la vida. Estaba igualmente ecsento de toda falta personal, ó mas bien, era la santidad por esencia. El pecado lo mismo que la muerte no podian nunca acercársele y turbar su felicidad. Pues bien, del seno de esta felicidad, de esta eternidad, le saca el amor para entregarlo á los golpes de la justicia, que nos estaban destinados, lo hace *mortal* y el último de los mortales, lo convierte en *pecador* y en pecador de todo el linaje humano, y en este estado, doblemente contrario á su naturaleza, muere en el mas afrentoso suplicio entre dos criminales.

¡Oh abismo de amor!!! que nos hace comprender estas palabras de S. Juan: "Dios es amor, y nos-
"otros hemos conocido y hemos creido en el
"amor."

¿Nos ha ofrecido nunca la conciencia la amabilidad y los encantos del deber bajo una personificacion tan encantadora y tan cordial, y los ha confundido así con el mas vivo y mas peligroso de los sentimientos de la naturaleza?

La creacion misma y todos los beneficios de la naturaleza ceden al sacrificio de la cruz. Sacar al hombre de la nada, y elevarlo al trono de la creacion para colocarlo en el trono mismo de Dios, es un beneficio inmenso. Pero nada hay en este beneficio que no sea doblemente grande, cuando se le recobra despues de perdido, pues que esta misma pérdida hace conocer todo su valor. ¿Qué será pues, cuando el medio por el que se consigue esto es en sí mismo un aumento inmenso en el beneficio? Tal es la redencion del género humano comparada con su creacion; porque por la creacion Dios no habia dado al hombre mas que las criaturas en patrimonio, y por la redencion se da él mismo, se incorpora á la humanidad y se hace hombre. Por esto el dogma de la redencion ha conquistado mas sólidamente el corazon del hombre que el de la creacion. Dios en Jesucristo tiene derechos mas íntimos sobre nuestras almas que Jehovah; y, si nos es permitido decirlo, al *Gran Sér* de la naturaleza y de los filósofos ha aventajado el *Buen Dios* de los cristianos. *¡El Buen Dios!* calificacion tierna que se adapta á todos los corazones, á todas las lenguas, á todos los ojos, y que, dirijiéndose mas bien al sentimiento y al instinto que al espíritu, se justifica y se pone al alcance de todos los hombres por medio de la figura agonizante del gran mártir de la bondad, de la misericordia y del amor.

Así pues, ¡cosa notable y que tenemos ocasion de notar con bastante frecuencia! los contrarios se unen en el cristianismo, y todas las verdades que no pueden concordarse en ninguna otra parte, aunque en un grado inferior, forman en él un enlace sólido, al mismo tiempo que son llevadas á su rigor mas absoluto.

El dogma de la redencion nos da de la santidad, de la majestad, de la justicia de Dios la idea mas acomodada á nuestra flaqueza. Nos anonada, y sin embargo no hay nada que pueda elevarnos hasta Dios mas que Jesucristo. Al mismo tiempo ninguna otra religion ofrece á la debilidad humana recursos de misericordia y de bondad que se le puedan comparar.—Todos los atributos divinos se salvaron en la cruz; en ella se ostentan en toda su infinidad y se armonizan en la unidad mas perfecta. Diriase que todos juntos se han sacrificado á cada uno: tan absoluta es la espresion que tiene cada

(1) Véase este bello cántico de la Iglesia en el prefacio de la misa:
Per quem (Jesum Christum) majestatem tuam laudant Angeli, adorant Dominationes, tremunt potestates. Coeli coelorumque virtutes, ac beata Seraphim, socia exultatione concelebrant. Cum quibus et nostras voces ut admitti jubeas deprecamur, supplici confessione dicentes: Sanctus, Sanctus, Sanctus. Dominus, pleni sunt coeli et terra gloria tua....

(1) Malebranche. *Última conversacion sobre la metafísica*

(1) Eneid. lib. IV.

cual; y sin embargo, no hay uno que aventaje al otro, ni que ceda á los demas, pues todos tienen ahí participacion igual. Es la santidad misma, la justicia misma, el mismo amor; es la fusion de todo esto en un mismo y único objeto.

De aquí se desprende un cuarto atributo: la Sabiduría; porque una obra tan bella satisface plenamente todas las condiciones de la sabiduría, tal como resplandece en el órden del universo, y tal como ella misma se define por estas palabras: *Attingens ad finem fortiter, disponens omnia suaviter.*

Es preciso entrar mas directamente en esta nueva consideracion.

Pocas veces puede el hombre dar á sus obras cierto grado de perfeccion, y cuando no lo consigue, destruye su obra y la vuelve á empezar. La manera de obrar del artífice divino es muy diferente. Todo lo que sale de sus manos lleva el sello de la mas profunda sabiduría; y porque habiendo dotado á una de sus criaturas del don eminente de la libertad, le concedió, por una consecuencia necesaria, la posibilidad de degradarse como resorte de la facultad de perfeccionarse, si del ejercicio de esta libertad llega á resultar el mal, que es la propiedad de la criatura humana, Dios no necesita aniquilarla y volverla á crear para salvar los intereses generales de su gloria. Hace brillar esta gloria en este mismo mal haciendo salir el bien del mismo mal por una fecundidad y una combinacion de resortes inconcebibles, que M. Villemain ha espiritualmente llamado la *alquimia* de la Providencia. Cuanto mayor es el mal, tanto mas prodigioso es el bien que de él sabe sacar; y en esta lucha indefinida entre el bien y el mal, entre el órden y el desórden, Dios sale siempre vencedor; el mal le proporciona una feliz ocasion, que ejercita su sabiduría y su poder, y le hace producir las creaciones mas magníficas; de tal suerte que podemos decir lo que Leibnitz en su *Teodicea*, que en el conjunto de las obras de Dios el mal importa un bien tan grande, que aquel conjunto pareceria sin él menos perfecto.

Esta profundidad de los tesoros divinos se descubre principalmente en la obra de la redencion.

El universo que habitamos no ecsistia aun cuando ya el mal se habia introducido por el sentimiento del orgullo en las inteligencias superiores, cuya caida habia seguido luego á la rebelion. Esta primera tentativa del mal contra la gloria de Dios nos da lugar á sospechar que debemos á ella la creacion de este bello universo y del hombre su rey, destinado á reemplazar á los ángeles rebeldes en la felicidad que habian perdido. Por esto el hombre fué criado en un estado de inocencia y de gracia, pero libre y por consiguiente capaz de pecado. La inspiracion del mal se dirijió á esta nueva criatura, y por medio del mismo sentimiento de orgullo, que es el pecado de las inteligencias, cayó el hombre de su condicion, y pasando desde Dios á sí mismo, no tardó en volver á caer desde sí mismo á la esclavitud de sus sentidos por medio de la concupiscencia. y de aquí á la esclavitud de la naturaleza por el dolor y la muerte. Con esta nueva conquista del imperio del mal no adquiria este nuevos motivos de satisfaccion, porque las desgracias iban en aumento, y la divina justicia quedaba en cierto modo vengada por las consecuencias de la misma falta del culpable. Pero la bondad de Dios, que es el atributo culminante de su naturaleza no quedaba satisfecha, y aspiraba desde entonces á manifestarse por medio de un beneficio mas soberano. Habia además entre la falta del hombre y la del ángel la notable diferencia, que la de aquel era menos espontánea, puesto que la habia cometido á instigacion de éste, y era tambien menos inmediata, pues aunque toda la humanidad habia pecado, solo lo habia hecho en la persona de su gefe.

Pero de aquí surjian obstáculos, que solo Dios pudo conocer, porque procedian de él mismo, obstáculos, que parecian oponerse invenciblemente á su bondad, y desafiar todas las combinaciones de su infinita sabiduría.

El hombre puede perdonar, porque no posee la justicia absoluta, y porque su perdon deja que esta justicia, que es superior á nosotros, se satisfaga á sí misma y atienda á los legítimos intereses del órden; pero Dios, que es esta justicia absoluta, á la cual nada hay superior, no puede perdonar *gratuitamente* la falta sin contradecirse á sí mismo.—Era necesaria pues una satisfaccion, y por lo mismo una satisfaccion proporcionada á la justicia que la reclamaba, y por consiguiente infinita.

El hombre, como culpable, era quien debia esta satisfaccion; pero por lo mismo no podia darla, porque su degradacion le habia privado de todo mérito. Aun en el estado de inocencia, tampoco hubiera podido pagar por la falta de otro, del ángel, por ejemplo, porque nunca hubiera podido dar nada de su propia esencia, siempre finita, que hubiese sido capaz de satisfacer á la santidad y á la justicia infinitas de Dios. Con mayor razon aun era incapaz de pagar por su pecado y rescatarse á sí propio; no podia hacer mas que sufrir para siempre las consecuencias de su pecado, sin llegar nunca á redimir su causa.

De aquí se sigue que la naturaleza del hombre necesitaba una pura misericordia, y la naturaleza de Dios una completa justicia.

"¡Qué idea tan grande se nos presenta aquí de "una justicia superior á nuestra comprension! es"clama d'Aguesseau. La justicia no es mas que lo "que corresponde á la naturaleza de cada sér. "Correspondia á la de Dios que el crímen del hom"bre fuese castigado, y correspondia á la del hom"bre que este pudiese salvarse por un puro efecto "de la bondad de Dios (1)."

¿Quién podia inventar un medio que satisfaciese á la vez y de una manera completa estas dos ecsijencias tan absolutas y tan contradictorias, y que por su conciliacion llegase á alcanzar, no solo la entera reparacion del desórden, sino que, siguiendo la marcha ordinaria de la divina sabiduría, produjese un resultado superior al órden primitivo?

¡Digno problema de un Dios, y que debia hacer salir de los tesoros inefables de su sabiduría una

(1) *Reflecsiones várias sobre Jesucristo*, t. xv.

solucion sublime, cuyo desenvolvimiento vamos á ecsaminar!

Es propio de la naturaleza de Dios el contener en la suprema unidad de su sustancia tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La segunda de estas tres personas, el Hijo, Verbo de Dios, se desprende del seno del Padre y se ofrece por rescate de la humanidad y víctima expiatoria del pecado original. Como es un Dios igual á su Padre, el valor de sus méritos debe ser bastante para pagar la deuda que su justicia reclamaba. Pero la dificultad no queda aquí resuelta; porque si es Dios no podrá sufrir, y aunque pudiera sufrir, ¿de qué le aprovecharian sus sufrimientos á la humanidad, que no tendria en ellos ninguna parte? La humanidad inteligente y libre no puede ser redimida sin su conocimiento y participacion, porque esto seria contrario á su naturaleza; y seria tambien contrario á la naturaleza divina el admitir una reparacion estraña á la falta y á su autor, y que los dejaria impunes. Pero, ¿cómo podia aclararse este caos de dificultades? Para que Dios pudiese sufrir seria menester que fuese hombre, y para que el hombre pudiese merecer seria indispensable que fuese Dios; y como el mérito debe resultar del sufrimiento, seria necesario un sér que fuese á la vez hombre y Dios. Esta es pues la obra maestra realizada en Jesucristo, en la cual todas las satisfacciones quedan estinguidas, todas las necesidades conciliadas, y vencidas y superadas todas las dificultades.

Una de las principales propiedades de las obras de Dios es que en ellas se confunden siempre el fin y los medios, ó mas bien, todo es en ellas fin y medios recíprocamente; porque todo lleva y todo concurre á su objeto con una concordancia admirable de suavidad y de fuerza, de sencillez y de fecundidad.

En la obra de la redencion es donde se descubre principalmente esta divina propiedad.

En ella el Verbo de Dios se nos aparece confundiendo en sí solo las dos naturalezas divina y humana, separadas por el pecado, para volverlas á juntar y reconciliarlas en su sacrificio, por medio de una union mas íntima que la que tenian antes del pecado. Cargado por una parte con los derechos de la justicia de Dios, y por otra con todos los intereses de la humanidad culpaple, marcha este gran plenipotenciario á concluir la importante obra de la negociacion. Observad cómo desde los primeros pasos empieza á consumarse la obra: un Dios se hace hombre, se hace de la raza de los culpables, se hace, si es permitido decirlo, criatura, y por este primer abatimiento expia el primer pecado del hombre, que consiste esencialmente en haber querido hacerse igual al Criador, cediendo á esta sugestion del mal: *Eritis sicut dii* (1). El orgullo del hombre queda reparado por el abatimiento de un Dios. ¡Y cuán completo es semejante abatimiento! El Verbo de Dios no solo se hace hombre, sino que va á tomar esta vida del hombre en las mismas fuentes en que el mismo hombre la toma, es decir, en el seno de una mujer. Se abate como un niño y se somete á la obediencia de la edad primera, cuya oscuridad se prolonga hasta la edad de treinta años. Pero no está aun aquí todo: la concupiscencia habia seguido luego al orgullo en la caida del hombre, y la rebeldía de los sentidos contra la razon habia sido la consecuencia de la rebeldía de la razon contra Dios. Para expiar esta segunda causa del mal revístese el Verbo de una carne pasible. En fin, desde el orgullo y la concupiscencia habia caido el hombre en la servidumbre de las criaturas, como un rey destronado por sus propios súbditos, esforzándose por medio de la concupiscencia á volverlos á atraer á su yugo y condenado por la muerte á perderlos para siempre. El Dios salvador se hace pobre y mortal para cegar la medida de todos estos desórdenes y de todas estas miserias de nuestra naturaleza. Inocula en su persona todos los efectos del pecado para estirpar y purgar todo su veneno, é inocular en nosotros todos los efectos reparadores de la divina gracia que debe sustituirlo.

Pero aun todo esto no son mas que preparativos. Cargado así como hombre con todas las miserias de nuestra naturaleza, y revestido por otra parte con todos los atributos de Dios, como su Hijo é igual, la gran víctima marcha al sacrificio para consumar en él la obra inmensa de nuestra redencion. Aquí el hombre y el Dios deben volverse á encontrar juntos, hasta el punto de convertirse el uno en el otro y no componer mas que un solo todo indivisible. El Dios va á descender hasta las últimas profundidades de la humana miseria, y el hombre á levantarse hasta las perfecciones de la naturaleza divina; y ambos movimientos van á obrarse por un medio único y á manifestarse por la misma espresion. Jesucristo es tratado en su pasion como eran tratados entonces los esclavos, y como si esto no bastara, es comparado y pospuesto á los mas viles criminales. Juguete de la irrision de sus enemigos y abandonado de todos sus amigos, por un privilegio de vilipendio y de barbarie que lo distingue de entre los dos malhechores con quienes se le quiere confundir, es azotado, y no solamente atado sino clavado en una cruz, coronado de espinas, abrevado con hiel y vinagre, insultado y escarnecido por el pueblo, en cuyo obsequio está muriendo, objeto y testigo del dolor de una madre y de un amigo, de los cuales se desprende para legarlos el uno al otro, no encontrando refugio ni consuelo en el seno de aquel Padre celestial del cual salió y que en este terrible trance agota sobre él todos los torrentes de su justicia; en una palabra, muere abandonado del cielo y de la tierra, y hasta despues de su muerte la lanza de un soldado se atreve á interrogar á la vida en su último asilo.... ¡Ah! ciertamente que se descubre aquí el sublime del infortunio, y como el océano de todos los dolores humanos acumulados sobre una sola cabeza. Nadie ha merecido con mas justicia que él aquellas palabras que leemos en el Evangelio: *Ecce homo.*—Considerad empero el cuadro que nos ofrece este Dios, mirado bajo otro punto de vista.

(1) Génesis, cap. 3, v. 5.